

*Adivina quién
soy esta noche*

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

Tragedia



El sonido del silencio es intimidador.

El chirrido de las ruedas aún me angustia.

¡Estoy viva!

¡Viva!

Oigo la voz de Dylan. Quiero contestar. Siento sus pasos rápidos acercándose, pero estoy paralizada de miedo, tirada en la calle y apenas puedo respirar.

Tiemblo y mis ojos se encuentran con los de Tiffany, la mujer de Omar. Está en el suelo a mi lado. Nos miramos. Ambas respiramos con dificultad, pero estamos vivas.

—Cuqui, ¿estás bien? —pregunta ella con un hilo de voz.

Asiento sin poder despegar los labios, pero su pregunta hace que todo regrese a mi mente. El coche acercándose a toda velocidad. El miedo. La mano de Tiffany tirando de mí. Cómo las dos caemos con brusquedad tras el coche de Omar. Un frenazo increíble y luego silencio.

Pero ese silencio se rompe de golpe para plagarse de gritos. Chlidos aterrorizados. Omar se agacha con gesto descompuesto e, instantes después, la voz de Dylan llega hasta nosotras diciendo:

—¡No las muevas, Omar! Llama a una ambulancia.

Pero yo me muevo. Me pongo boca arriba y suelto un gemido. Me duele el hombro.

¡Joder, cómo me duele!

Mis ojos se encuentran con los de mi amor, que, con el rostro desencajado, se inclina sobre mí y, sin apenas tocarme para no moverme, murmura desesperado:

—Yanira, Dios mío, cariño... ¿Estás bien?

No termina de abrazarme. Necesito su calor, su cariño, sus palabras bonitas tanto como siento que él me necesita a mí, y respondo para tranquilizarlo:

—Estoy bien... no te preocupes... estoy bien.

—Bichito, estoy mareada —se queja Tiffany, incorporándose.

—Calma, cielo... No te muevas —la tranquiliza Omar.

De repente, me encuentro con la mirada de Tiffany y, emocionada por lo que esta chica ha hecho por mí, musito:

—Gracias.

La joven y rubia esposa de Omar, que yo pensaba que tenía menos cerebro que Calamardo, el amigo de Bob Esponja, sonrío. Me acaba de salvar de morir arrollada por el coche, arriesgándose a irse ella también al otro barrio. Se lo agradeceré eternamente. Eternamente.

Dylan me toca el brazo sin querer y yo doy un grito agónico.

¡Joder, qué dolor!

Me mira asustado y, con la respiración de nuevo acelerada, susurra:

—No te muevas, cariño.

—Me duele... me duele...

—Lo sé... lo sé... Tranquila —insiste con gesto preocupado.

Con las lágrimas a punto de brotarme como un manantial por el insoportable dolor que siento, veo que Dylan llama a un médico amigo suyo, que viene corriendo hacia nosotros.

—Pide hielo en el pub. ¡Necesito hielo urgentemente!

Me muevo y vuelvo a gritar de dolor. Dylan me mira y, quitándose la chaqueta, dice:

—Creo que te has dislocado el hombro en la caída.

En ese instante no sé lo que es «dislocado» ni lo que es «el hombro», pero el gesto de mi chico es sombrío. Muy sombrío y eso me asusta mientras me quejo:

—Joder..., ¡cómo me dueleeeeeeeeeeeee!

Cuando aparece su amigo con una bolsa de hielo, Dylan blasfema y, mirándolo, le comenta:

—Sí... sí... —consigo balbucear.

Mi respuesta lo calma, pero entonces se levanta del suelo hecho una hidra, se aleja de mí y lo oigo gritar con fiereza:

—¡¿Cómo has podido hacerlo?!

Asustada al oírlo tan furioso, me incorporo un poco a pesar de mi dolor y lo veo caminar hacia el coche que ha estado a punto de atropellarme. Dentro está Caty, con la cabeza sobre el volante.

¡Perra, mala víbora!

Mira a Dylan y la veo llorar. Gemir. Suplicar. Mi chico, ofuscado, abre la puerta del coche con tal furia que casi la arranca y la saca de él gritando como un poseso.

Yo observo la escena mientras la gente se arremolina alrededor. Caty llora y Dylan grita y maldice como un loco. El hombre al que he visto acompañar antes a Caty se acerca a ellos con gesto descompuesto al imaginarse lo ocurrido.

—Omar —susurro dolorida—. Ve y tranquiliza a Dylan, por favor.

Él, tras asentir, se acerca a su hermano con cara de enfado e intenta mediar, pero Dylan está alterado. Muy alterado.

Finalmente, entre Omar y otro hombre consiguen separarlo de Caty y los tranquilizan a los dos. Yo no puedo dejar de mirarla a ella. Está a cinco escasos metros de mí y veo que me dice entre lágrimas:

—Lo siento... lo siento.

—¡Qué poca vergüenza tiene! Casi te mata y ahora te viene con lloriqueos —cuchichea Tiffany a mi lado, al ver hacia adónde miro.

Efectivamente. Esa mujer no tiene vergüenza. Por otra parte, no sé cómo tomarme ese «Lo siento», si será sincero o fingido.

Lo ocurrido me tiene alucinada. Una cosa es que esté colada por Dylan y otra muy diferente que llegue a los límites a los que ha llegado. Sin duda alguna no está bien de la cabeza.

Joder, ¡que casi me mata!

—Tranquilas, chicas —oigo decir a Omar, acercándose a su mujer y a mí—. Las ambulancias ya están llegando.

—Me he roto dos uñas, bichito.

—Mañana te las pones nuevas, cielo —contesta él sonriendo.

El estridente sonido de varias ambulancias y coches de policía lo llena todo. Rápidamente, acordonan el lugar y retiran a los curiosos, mientras unos médicos nos atienden a Tifany y a mí. Me inmovilizan el brazo y el cuello.

Como si fuera una pluma, me levantan y me ponen en una camilla y veo que me llevan hacia una ambulancia. Miro a Tifany, que está en mi misma situación. Pobrecilla. Desde la camilla, giro la cabeza y vuelvo a mirar a Caty. Sigue llorando, mientras su acompañante niega con la cabeza y mira al suelo.

Omar no da abasto. Corre de la camilla donde está su mujer a la camilla en la que estoy yo. Cuando me meten en la ambulancia, oigo que Dylan afirma:

—Iré con ella.

Los dos hombres y la mujer de la ambulancia se miran y esta última dice sonriendo:

—Ya sabe que no le vamos a decir que no, doctor Ferrasa, pero aquí nosotros tenemos que trabajar.

Él, molesto, cierra los ojos un momento y luego les explica lo que ha hecho para atenderme, pero dispuesto a no interferir, finalmente asiente y las puertas se cierran. Pocos segundos después, oigo cómo se cierran las puertas de delante también y, haciendo sonar su aguda sirena, la ambulancia se pone en marcha.

Quiero estar con Dylan. Tengo ganas de llorar, pero debo ser fuerte, no una niñata caprichosa y consentida que llora porque no tiene a su novio cerca.

La mujer y uno de los hombres comienzan a atenderme y ella me pregunta en inglés:

—¿Recuerdas tu nombre?

Todavía aturdida, la entiendo, pero respondo en español.

—Me llamo... me llamo Yanira Van Der Vall.

La mujer asiente, coge una jeringuilla, la llena de un líquido transparente y, pinchándola en la vía intravenosa que segundos antes me ha puesto, sonríe y dice también en español:

—Tranquila, Yanira. Pronto estaremos en el hospital Ronald Reagan.

—¿Y Dylan? ¿Dónde está?

Comienzo a marearme cuando le oigo decir:

—Estoy aquí, cariño.

Como puedo, muevo la cabeza y miro hacia arriba. Por una ventanilla puedo ver a Dylan sentado en la parte delantera de la ambulancia y sonrío.

Mi medicina



En el hospital, tras hacerme radiografías e inmovilizarme el brazo con un cabestrillo, un enfermero empuja la silla de ruedas donde voy sentada. Se para ante una puerta y al abrirla me encuentro con Dylan.

—Hola, mi vida —dice al verme.

Se lo ve preocupado. El que empujaba mi silla me ayuda a sentarme en una cama y luego se va, dejándonos solos. Cariñoso, Dylan me da un rápido beso en los labios, me acaricia la mejilla y me pregunta si me duele mucho.

Noto una pequeña molestia, pero nada que ver con el dolor que tenía antes.

—Es soportable —le contesto. Entonces, consciente de todo lo que ha pasado, añado en voz baja—: ¿Y Tifany cómo está?

—Tiene una luxación en una costilla y magulladuras en las piernas y en los brazos, como tú. Pero, tranquila, sobrevivirá y le sacará a mi hermano ese anillo que tantas ganas tenía de comprarse y seguramente algo más.

Ambos sonreímos.

—¿Quieres que llamemos a tus padres? —me pregunta.

Lo pienso un momento, pero finalmente niego con la cabeza. Sé lo mucho que se preocuparán a tantos kilómetros de distancia. Prefiero que no lo sepan. Estoy bien y no quiero que sufran por mí.

Cierro los ojos. Estoy molida. Como si me hubieran dado una paliza, pero aun así digo:

—¿Caty está bien?

Tras un incómodo silencio, Dylan asiente.

—Sí. —Y con un profundo suspiro, añade—: Cuando se recu-

pere, tendrá un gran problema con nosotros y con la ley. Te aseguro que lo que ha hecho no va a quedar impune. He hablado con mi padre y él nos representará. Me encargaré de que pague lo que ha hecho. Lo que ha intentado hacer la...

—Dylan, no —lo corto—. No puedo hacerlo.

—¿Cómo que no puedes hacerlo? Ha estado a punto de matarte, cariño.

Asiento. Lo sé. Sé que lo que Caty quería hacer en ese instante era eso, pero continuo:

—Tranquilízate y piensa. Por favor... Si alguien odia a esa mujer con ganas, ésa soy yo, pero no puedo olvidar que sufre por amor. Te quiere. Se le ha ido la cabeza, ha bebido de más y... y además, yo cruzaba por donde no debía. También tengo parte de culpa, ¿no lo ves?

—Yanira —dice él con voz grave—. Te ha podido matar. Si hubiera cumplido su propósito, tú y yo ahora no estaríamos aquí, hablando, ¿no te das cuenta?

Vuelvo a asentir. Claro que me doy cuenta, sin embargo, insisto:

—Pero lo estamos, Dylan. Estoy aquí contigo y voy a seguir estándolo mañana y al otro y al otro. —Intento sonreír, sin éxito, cuando prosigo—: No voy a denunciarla, cariño. Lo siento pero no puedo. Creo que bastantes problemas tiene ya con superar lo ocurrido.

—Eres demasiado buena, demasiado, y creo que...

—No. He dicho que no —sentencio.

Me mira boquiabierto y cuando asume que no me va a hacer cambiar de opinión, murmura:

—Nunca pensé que Caty pudiera hacer algo así. Nunca. No sé cómo pedirte perdón por ello y...

—Dylan —lo corto—. Tú no tienes que pedirme disculpas porque tú no tienes la culpa de nada, cariño. Se le ha ido la pinza; ¿qué tienes tú que ver en ello?

—Me siento culpable. Debería haber sido más previsor.

—¿Previsor?!

Adopta una expresión compungida y explica:

—Caty padece depresión desde hace años. Se medica y...

—Joder...

—Un amigo del hospital me comentó el otro día que vendió su clínica pediátrica al año de desaparecer yo. Ya no es la dueña. Sólo trabaja allí unas horas y yo... yo debí haber imaginado que podría pasar algo así.

Recuerdo que esa misma noche, mientras cenábamos, ella nos había hablado de su clínica y pregunto:

—Y sabiendo la verdad, ¿por qué no has dicho nada durante la cena?

—¿Cómo lo iba a decir, Yanira? No podía ser tan cruel. Además, no sé qué le ha contado de su vida al hombre que la acompañaba y no quería meter la pata. Tampoco quería preguntarle por su enfermedad. No era el momento ni el lugar, cariño. Deseaba hablar con ella, llamarla un día para ver cómo estaba. Por eso hoy, al verla, la he invitado a cenar con nosotros sin pensarlo. Merecía ser bien recibida por nosotros dos, por la familia Ferrasa. Siempre ha sido una buena amiga, aunque ella pensara...

—Ella pensaba que era algo más para ti, ¿verdad?

Dylan asiente y, tras resoplar, añade:

—Siempre he sido sincero con ella. Cientos de veces le he dicho que nunca habría nada serio entre los dos, pero Caty se empeñaba en continuar a mi lado y yo, egoístamente, lo aceptaba. Lo creas o no, no sólo lo hice por mí, sino también por ella. La veía feliz, con su problema controlado, y eso me valía. Pero ahora me doy cuenta de que lo que he hecho no ha estado bien.

—No te angusties, cariño.

—Por eso digo que es mi culpa, Yanira —prosigue él—. Sin querer, yo he provocado lo ocurrido. Yo soy el culpable, ¿no lo ves?

Al notar la desesperación en sus ojos, respondo:

—No, mi vida, tú no lo has provocado. Es cierto que has jugado con sus sentimientos sin pensar en el dolor que le podías ocasionar a ella, pero tú no la has obligado a ponerse al volante, a apretar el acelerador y a lanzar el coche contra mí. —Dylan no responde

y yo continúo—: Y ahora, sabiendo lo que sé, ¿cómo pretendes que la denuncie? Si antes no podía, ahora menos.

Mi moreno no contesta y, dispuesta a dejarlo todo claro, afirmo:

—Lo que no voy a permitir es que te culpabilices de todo lo que sucede a tu alrededor. Las cosas pasan porque tienen que pasar y punto. ¿O acaso eres también responsable de lo de la capa de ozono? ¿O del hambre del Tercer Mundo? —Consigo que me mire y concluyo—: Que te quede claro, señor Dylan Ferrasa, que para mí sólo serás culpable de lo que puedas hacerme directamente, ¿entendido?

No se mueve. Sólo me mira.

Incrédula, veo que igual que con su madre, el sentimiento de culpa no lo deja vivir. ¿Por qué se siente así?

Pero yo no estoy dispuesta a que viva con esa angustia e insisto:

—No pienso dirigirte la palabra hasta que me digas que me has entendido y que tú no tienes la culpa de lo que ha ocurrido, ¿vale, amor mío?

Asiente con la cabeza y, tras unos tensos segundos, sonrío y contesto:

—Sólo para que me llamaras «amor mío», ha merecido la pena escucharte.

—¡Dylan! —protesto.

Él sonrío y finalmente accede.

—De acuerdo, caprichosa. Te he entendido y yo no tengo la culpa.

—¡Bien!

Cuando me abraza con cuidado, oímos que se abre la puerta de la habitación. Es Tiffany en una silla de ruedas, acompañada de Omar y una guapa enfermera morena.

Cuando llega a mi lado, Tiffany me coge la mano. En ese momento me entra la llorera tonta y digo entre sollozos:

—Tiffany, dime que estás bien o...

—Ay, amorrrrr, no lloresssss. ¡Arriba esas pestañas! —bromea, con su cara de pizpireta.

—Siento mucho lo que te ha pasado.

—Tranquila, Yanira —interviene Omar sonriendo, tras guiñarle un ojo a la enfermera que ha entrado con ellos—. Te aseguro que mi mujercita sacará provecho de su heroicidad una vez salga del hospital.

—Bichitoooooooo... —se queja ella divertida—. No digas eso, ton-tuso.

Veo cómo Omar y la enfermera se miran hasta que ésta sale de la habitación.

¡Qué descaró!

Si Dylan hace eso delante de mí, como poco le arranco los ojos.

Cuando mi cuñado se acerca a su hermano para comentarle algo, Tiffany baja la voz y me dice:

—La semana que viene nos vamos de compras, ¿vale?

Me entra la risa y asiento divertida. Entonces, ella añade:

—Esa listilla no me ha dado buena espina y creo que te lo he hecho saber con la mirada durante la cena, cuando he visto cómo se derretía cada vez que contemplaba a Dylan. Y en el pub, joh, en el pub!, cuando ha empezado a contar ciertas intimidades, me he marchado porque estaba a punto de gritarle «Guapa, ¡haz clic y minimízate!», pero no quería ser ordinaria.

Como siempre, su manera de hablar me hace gracia. ¡Tiffany no podría ser ordinaria ni queriendo!

—No sé cómo darte las gracias.

Ella sonríe y, bajando la voz, contesta:

—Vamos, cuquí, ¿acaso tú no habrías hecho lo mismo por mí?

Asiento. Sin duda lo habría hecho.

—Te superquiero —concluye Tiffany con una bonita sonrisa.

Yo sonrío también. Le agradezco sus muestras de cariño en un momento como éste. Casi no nos conocemos, pero creo que la he juzgado demasiado rápido y que se merece otra oportunidad. Y me alegra que piense que yo habría hecho lo mismo por ella.

Los hermanos Ferrasa nos miran divertidos y Omar dice:

—Hermano, al final papá va a tener razón con eso de que las rubias sólo dan problemas.

Eso me hace reír, pero Tiffany protesta:

—Bichitooooooooooooo, no digas eso, tontusete.

Los cuatro nos quedamos esa noche en el hospital. Dylan se niega a que nos den el alta a Tiffany y a mí, y nosotras decidimos claudicar.

¡Menudo fin de fiesta y llegada a mi nuevo hogar!

De madrugada, cuando me despierto, veo que Dylan está sentado en el butacón que hay frente a la cama, leyendo un libro. Lo observo entre las pestañas. Él no me ve. Como siempre, está guapo y sexy y aún más con ese gesto tan serio y con la camisa abierta. Sé que se martiriza por lo ocurrido. Lo veo en sus ojos y en el rictus de su boca. Se preocupa por mí.

Ay, mi niño.

Durante un rato, me dedico a observarlo y a disfrutar de las vistas, pero en cuanto ve que me muevo, deja el libro sobre una mesita, se levanta y rápidamente se acerca a mí.

—¿Qué ocurre, cariño?

Su voz me reconforta. Su presencia me da seguridad e, incapaz de callarme, murmuro:

—Sólo quería decirte que te quiero.

Sonríe. Me toca la frente y, con expresión cómica, cuchichea:

—Me parece que el golpe ha sido más fuerte de lo que creía en un principio. ¿Me tengo que preocupar?

Su humor y su gesto guasón me hacen sonreír. ¡Menuda vena romántica la mía! Durante unos segundos ambos nos reímos, hasta que de pronto digo:

—Quiero casarme contigo mañana mismo.

Sorprendido, mi amor clava sus bonitos ojos color castaño en mí.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Vayámonos a Las Vegas tú y yo —contesto—. Hagamos una boda loca, diferente y...

—Cariño —me corta él—, nos casaremos cuando tú quieras, pero en Las Vegas no.

—¿Por qué?

—Porque quiero casarme contigo ante los ojos de Dios.
Vaya... ¿Desde cuándo es tan creyente?
Hago un mohín, él sonríe y finalmente yo también sonrío. Pero
¡qué facilona soy con este hombre...!
Dylan me besa y afirma:
—Yo me ocuparé de todo.
—Vale, pero te pido una cosa.
—¿Qué?
—Quiero una fiesta muy divertida.
—Te lo prometo —responde abrazándome.

Yo no te pido la Luna



Al día siguiente ya estoy en casa.

Debo tener el brazo inmovilizado una o dos semanas, hasta que deje de dolerme. También tengo que tomar antiinflamatorios.

Anselmo, el padre de Dylan, nos llama por teléfono. Habla con su hijo y luego conmigo, pero yo no me bajo de la burra. No voy a denunciar a esa mujer.

Le comentamos lo de la boda y me da la sensación de que se alegra y mucho. ¿Es posible que ahora me quiera tanto?

Wilma, la mujer que viene a limpiar la casa y que es un encanto, desde el minuto uno se desvive porque me encuentre perfectamente, aunque al enterarse de lo de la inminente boda, decide hacer una limpieza general. ¡Lo que me faltaba!

Al final, Dylan me hace llamar a mi familia para comentarles lo ocurrido. Se lo suavizo. No les cuento toda la verdad, sólo que crucé por donde no debía. Como es de esperar, todos me regañan y me llaman loca.

Yo aguanto y sonrío y luego remato con la noticia de que la boda se adelanta. Mi padre rápidamente me pregunta si estoy embarazada. Divertida, lo saco de su error. Antes de colgar, me aseguran que pedirán los papeles que necesito para el enlace.

Pasan diez días, en los que tereo a Dylan y a Wilma como puedo para no tomar leche. ¡Qué pesaditos están con lo del calcio! Y por fin me puedo liberar del cabestrillo. Me lo habría podido quitar antes, pero tener a un médico cerca es matador.

Dylan también hizo venir a un fisio a casa a atenderme. Según él, no estaba de más prevenir problemas futuros, y la verdad es que me ha ido muy bien.

Pero el día en que doy por finalizados todos los cuidados, me siento feliz. ¡Vuelvo a ser yo!

Quedan dos semanas para la boda. Está programada para el 21 de diciembre y aún no puedo creer que me vaya a casar. Tanto Dylan como yo somos unos antibodas y aquí estamos, dispuestos a pasar por la iglesia, con cura, convite, bailecito romántico y corte de tarta.

Mi chico está un poco apurado porque no tendremos luna de miel. Después de casarnos, se reincorporará al hospital tras su larga ausencia y no va muy bien que ahora nos marchemos de viaje. Lo posponemos. A mí no me importa mucho. Sólo quiero estar con él donde sea. Nada más.

Yo no me ocupo de nada del enlace y Dylan lo hace todo. Dice que espera sorprenderme. Confío en él. No me queda otra.

Pero tengo un problema. Un gran problema.

Odio el sitio donde vivimos. Todo lo que me rodea me recuerda a ella. A Caty. A la mujer que casi me manda al otro barrio y que, en su momento, ayudó a Dylan a decorar su casa.

Cuando le cuento a él lo que me pasa, me entiende e insiste en que redecoremos la casa. El problema es que está tan liado con la boda que ahora es complicado hacerlo.

Plan A: redecoro incluso con el lío de la boda.

Plan B: espero que pase la boda.

Sin lugar a dudas, creo que lo más acertado es el plan B. Esperaré.

Tiffany me busca el vestido de novia. Ella fue diseñadora de moda para una marca que adora, pero al conocer a Omar lo dejó. Lo abandonó todo por amor. Por su bichito.

Una tarde, junto con sus amigas, me lleva al mundo de las novias glamurosas. Ni que decir tiene que me pruebo los mejores vestidos del mundo mundial y, aunque me cueste aceptarlo, estoy divina de la muerte con ellos.

No hay vestido que me quede mal. Estoy cuqui. ¿Me estará volviendo una creída?

Al final, me decido por uno de corte romántico, con falda de tul y lazo gris en la cintura, de la diseñadora Vera Wang, que me encanta y a Tiffany, como dice ella, le rechifla. Dice que es del estilo del que llevó Kate Hudson años atrás en la película *Guerra de novias*.

Con él puesto, escojo un bonito velo. Un tul sedoso que me colocan en una especie de moño bajo y, cuando me miro al espejo con toda la parafernalia, me quedo sin habla.

Pero ¡si hasta parezco buena!

Sonríó al imaginar a Dylan o a mi familia cuando me vean así. Sé que los voy a sorprender, ¡porque la primera sorprendida soy yo!

Pregunto el precio varias veces. No me cabe la menor duda de que todo esto cuesta un pastón, pero no me lo dicen. Tiffany se niega. Es su regalo y el de Omar por nuestra boda. Al final acepto. No me queda otra.

—Ahora debes elegir otro vestido para la fiesta —dice una de sus amigas.

Al oírla las miro y respondo:

—Ni de coña.

Tiffany y las demás dan un paso atrás y se llevan las manos a la boca asustadas. Joder. Ni que les hubiera dicho que voy a atracar la tienda y a matarlas.

—Debes hacerlo —insiste Ashley volviendo en sí—. Es obligatorio tener más de un modelito que lucir. Uno para la ceremonia y quizá un par de ellos para la fiesta posterior.

¿Cómo?!

¡Yo flipo!

¿Cómo que más de un vestido? ¿Desde cuándo?

Mi madre sólo tuvo un vestido de novia. ¡Uno! ¿Por qué ahora yo tengo que tener dos o más? No. Me niego.

Y enfrentándome al pijerío que me quieren imponer, les aclaro con convicción:

—Sólo quiero un vestido. Este traje no me lo volveré a poner nunca más y quiero disfrutarlo a tope.

—Pero lo *cool* es cambiarse de vestido y...

—Lo que se lleve a mí me importa tres pepinos —interrumpo a Tiffany, que se queda con la boca abierta. Sólo quiero este vestido. Ni uno más.

Al final, a regañadientes, ella y sus amigas se dan por vencidas. Deben de pensar que estoy como una chota, pero me da igual. Ese día quiero bailar y disfrutar con mi único vestido puesto. Ese que un día miraré, como hace mi madre cuando saca el suyo del baúl, y sonreiré al recordar los bonitos momentos que pasé con él.

Cuando esa noche llego a casa estoy muerta. Tiffany y sus amigas van a acabar teniendo razón cuando dicen que salir de compras es agotador. Nunca me había probado tantos vestidos, y menos de novia.

El 16 de diciembre estoy esperando a mi familia emocionadísima en el aeropuerto. Al verlos salto y grito, mientras corro para recibirlos. Ellos hacen lo mismo y pocos minutos después nos besamos y abrazamos como locos.

Dylan los recibe tan contento como yo, y nos dirigimos en un par de coches hacia la que ya es mi casa.

En el camino, mi madre me dice que Arturo y Luis me envían millones de besos. Qué pena no tenerlos aquí para que me griten eso de «¡Tulipana!». Yo ya sabía que no iban a venir por trabajo. Lo sabía, pues lo hablé con ellos por teléfono y me apena mucho. Me habría encantado verlos, pero tal como está la situación laboral en España, mejor no pedir nada, no sea que te den el finiquito.

Mamá me comenta también que envió todas mis cosas en barco y que ha escondido entre mis pertenencias varios paquetitos de jamón de bellota y fuet del que me gusta. ¡Yo aplaudo contenta!

Mi hermano Argen y Patricia deciden ir a un hotel cercano. Quieren intimidad, y Dylan y yo los entendemos. Pero mis padres, mis otros dos hermanos y mis abuelas se alojan en nuestra casa.

Y Coral, mi loca Coral, ha decidido acampar en el salón. No quiere dormir con mis abuelas. Dylan la mira extrañado, como siempre, y yo me río. Su familia no es tan ruidosa como la mía, pero la casa está a rebosar de vida y alegría, y eso me encanta.

